

¿Y los Padres “Rocanroleros”?

por Sebastián Salazar Bondy

Una horda de jovencitos se lanzó antier sobre una residencia particular y la casi destruyó ¿Razones? Ninguna, por cierto. Se trató de la obra de un grupo de adolescentes de esa clase que se ha dado en llamar “rocanroleros”. La gratuidad del acto y su ferocidad no son nuevas. Aquí, en Lima, y en otras capitales del mundo, suceden cosas así y aún peores. Las teorías que califican hechos semejantes son variadas: hay quien sostiene que es una actitud típica de la juventud de ayer y hoy, hay quien cree que es característica de los muchachos de este tiempo cualesquiera sean su clase y condición, hay quien conceptúa que es característica de los chicos nacidos en el seno de hogares acomodados en los que los padres han descuidado la educación y perdido la autoridad moral. Imposible determinar, por falta de datos concretos, la extensión histórica y social del fenómeno, pero, sin exagerar, puede decirse que nunca como en esta época el “roncarrolero” asumió una tal importancia y jamás antes la sociedad se interrogó a sí misma con tanto interés por un caso similar.

En fin, las generaciones menores de veinte años del presente carecen, en general, de un camino hacia el porvenir y éste es más bien un horizonte sombrío que un panorama esplendoroso. Y ellas lo saben. Se lo dicen todos los días los diarios, las cintas cinematográficas, las ondas radiales. Y, lo que es peor, lo saben por el ejemplo tácito o expreso de sus propios

mayores, en quienes, por lo general, no ven un modelo de austeridad y fe, sino, por el contrario, una imagen del desquiciamiento moral. No hay que asustarse de los vocablos. Desquiciamiento es la ambición de dinero y poder, el escepticismo con respecto a los valores tradicionales, la inestabilidad de las instituciones, el auge del juego, el culto a los bienes materiales. La señora que deja a sus hijos confiados a la servidumbre porque tiene que asistir a un cóctel o a una partida de canasta, que en una palabra hurta amor a sus niños para de-



dicarse a una actividad frívola, propone a esos tiernos seres un culpable ejemplo. Y éste no es sino un botón de muestra de todo lo que la vida social contemporánea hace en desmedro de la unidad hogareña.

Sin disminuir la trascendencia de la mala lección que el joven recibe cotidianamente fuera de su casa o en lo que a ella llega del exterior por la prensa, la radio, el cine, etc., el problema hay que situarlo en el foco familiar. Los ojos de un adolescente son harto penetrantes: tiene agudeza hasta un extremo sutil la sensibilidad. La apariencia no basta. Cualquiera contradicción entre las palabras de los padres y maestros

y los actos que éstos llevan a cabo en su vida pública o privada, se ofrece a su consideración como una evidencia de que una cosa son los principios—letra muerta que se repite vacuamente— y otra la realidad. A partir de este descubrimiento, su moral será de la misma índole. Y una moral así es la del “rocanrolero”. La famosa gratuidad de su instinto de agresión no es sino el deseo, reprimido y de pronto liberado, de destruir la mentira que lo rodea. El joven está lleno de energías, y esas fuerzas vitales necesitan un sentido. Si prevalecen en su casa el ocio, la hipocresía, el desdén por todo lo que es labor útil y austera, no sabrá qué hacer. Lo que es lo mismo a querer hacer el mal para imponerse ingenuamente, a su modo, tal como lo ve realizar a sus mayores. El “rocanrolero” protesta, y protesta como un anarquista. Su espíritu nihilista, es decir, sin dirección, se hace patente en el daño. La misma publicidad que logra con sus tropelías las justifica.

¿Qué hacer? Jiménez de A-súa, el famoso jurista español, ha afirmado que no hay hijos ilegítimos. Lo que hay son padres ilegítimos. ¿No podremos hablar, entonces, acudiendo al mismo mecanismo lógico, “padres rocanroleros”? Existen, por supuesto. Son los que anteponen su comodidad y su lujo a todo otro incentivo en la vida. Los que adoran al becerro de oro y a lo que rodea ese ritual. Son los que sacrifican todo—su conciencia, su fe, su libertad, su alma— al logro de una situación destacada, no por los valores intrínsecos a la existencia auténticas, sino por lo ornamental y externo, por lo concupiscente. No seamos indulgentes con estos muchachos destructores, pero seamos igualmente severos con los que, teniendo el deber de educarlos, no han sabido, o no han querido, encaminarlos hacia el bien.